

ELECCIÓN DE CAMPO

No se pierde la mirada en algo intrascendente. Esa colilla de cigarro flotando en un charco con oleaje variable —según sea el número de zapato que lo agite— no se ha entrometido en mi retina por mera casualidad. Este charco a los pies de un banco de parque no secuestra la atención de un hombre adulto hasta llegar a impedir que se entregue a sus nimias tareas cotidianas sin una causa consistente. Aunque ignoro lo que rige mi mirada, esta punta de tabaco naufragada es capaz de sumergirme hasta lo más recóndito de sus nicotínicas humedades.

Empiezan con posterioridad a brotar preguntas inconexas como por qué este naufragio, por qué este ir y venir a merced de los caprichos del viento, por qué este banco de madera un poco astillado, astillero, dique seco. Por qué este patear parques y polideportivos, estrangulando las verjas que circundan el campo de fútbol hasta que la rojez en los dedos o el hambre te devuelve a una realidad de nevera vacía y talones entumecidos. En qué colilla de charco he acabado convertido para proseguir la navegación por estos caminos que acaban desembocando en un pueblo sin salida, sin más tripulación que una corazonada, sin más velamen que una punzada. Qué patera sin timonel ni combustible empujada por un rumor

apenas susurro, información caída de un murmullo rebosante de falsedad. Datos imaginarios y erróneos que me han traído al litoral de este charco poco caudaloso con las orillas cuarteadas por el calor, empequeñeciéndose a cada golpe de sol. Charco pequeño, el mío. Al que he llegado como rana sedienta y asustada. Y ahora aquí, sentado en este banco de parque infantil afincado en un pueblo con nombre de alambrada que me tiene cogido entre sus hierros.

Encontrar es lo de menos. Buscar es lo único que puede hacer quien ha perdido. Desbrozar cada signo, cada huella, como quien inspecciona un mapa gastado y sabe que esa mota de tinta es el lugar, esa microscópica mancha en mitad justa de un doblez es el destino. O el desatino. Buscar es esperar durante horas, mirar una polilla entrar por la ventana en dirección a su porción de tejido, intentando pasar desapercibida entre los barrotes de acero que protegen el habitáculo, para localizar en la cortina el porcentaje de lana suficiente que haga su alimento apetecible y nutritivo, y así fortalecer su vuelo hasta alcanzar la meta soñada del armario vergel de donde quizá ya nunca salga, muerta de éxito o de vieja. Buscar es cuadros torcidos en una habitación de ocho metros cuadrados que huele a rancio y una mesa firmada a punta de cuchillo que quedó coja por una rotura de ligamentos en las sujeciones debido a una agresiva patada a destiempo, permanecer despierto incluso cuando duermes, atravesar un continente de problemas, tropezar con los escalones demasiado altos que siempre tienen las ilusiones, vivir siempre a la espera de un movimiento inesperado, un regate diferente, el reojo fugaz a la caza del desmarque que la mayoría de los jugadores no posee porque no es algo que se aprenda, es cuestión de nacimiento: se tiene o no se tiene. Detectar entre miles de zancadas una diferente, con otro garbo, de otro corte. Otra pisada.

No es cosa meritoria olisquear el talento cuando previamente ha sido lavado, peinado y resplandece con uñas pulidas y dientes blancos. La ruta seguida desde hace años que se ha ido lentamente transformando en rutina o, más bien ruina, es partir la cáscara de miedo, duda o pobreza que mantiene el genio o el mal genio aprisionado en un cuerpo incomunicado dentro de una asfixiante celda de impotencia y desesperación. Intuir de entre la nube de saltos, gritos y patadas un atisbo de alma, un rastro de verdad agazapado entre una maleza de dificultades. Rastro que me ha traído a este banco de parque, visible desde la habitación de hostel en la que llevo dos días encallado.

Los rumores siempre son iguales. Asoman escoltados por similares palabras en tono casi inaudible, como quien no quiere la cosa, dicen por ahí, se comenta que, no sé quién me dijo, gestados por un encaje de ficciones en pugna y deseos insatisfechos —caldos del mismo fogón— cumplidos en una mente demasiado soñadora, enferma o anhelante. La vestimenta del rumor es la imprecisión y el anonimato. Más tarde, las circunstancias personales inclinan la balanza: lo crees o no lo crees.

El que me ha arrastrado hasta la habitación de hostel de cama dura, mesa convaleciente, pero ya sin polilla —más fiel a los hechos sería decir que con polilla aplastada en la suela de mi bota izquierda— que divisó desde el banco de parque en que permanezco, no era diferente de los otros, siempre consanguíneos, dicen por ahí que en un pueblo con nombre de cardo de no sé dónde, no sé quién me dijo de un mulato que es un *crack*, un artista, comentan que es ambidiestro, parece ser que un profesor de gimnasia que vino a la capital vio cómo hacía diabluras con el balón en el patio del colegio, que su madre vino en patera. Rumor plagado de exageraciones que con toda probabilidad esté convaleciente, condenado a una muerte prematura. Como yo.

A quien no tiene posesiones que defender un simple cu-chicheo puede bastar. Como el mechero rebelde que se niega a someterse a una mano poco hábil y que no consiente que cualquiera extraiga su calor —y que parece haberse empadronado en mi bolsillo—, este rumor me vale. Sé que es pariente pobre de los otros, más pudientes, peldaño inferior en el escalafón. Rumor categoría regional, de pacotilla, el farolillo rojo. Fuera del *ranking* de los destacados, del *top ten*. Pero me vale. Por eso agarré la bolsa de deporte con la cremallera rota, la cartera de cuero con dos raciones de orgullo muy dobladas en uno de sus pliegues interiores, y me largué a la estación de autobuses a perseguir esta mentira que para mí tiene el atractivo de la pared vertical para el montañero: todo dificultades. Arriba la cumbre. En medio, frío y dolor en las yemas de los dedos, que duelen de tanto hacer girar la rueda del mechero —piedra de mechero como risco inexpugnable— que se resiste a rodar como mi vida. Y de horadar en mi cráneo para hacer surgir de su interior alguna idea que me ponga tras la pista de ese mulato solo existente en la imaginación de quienes difundieron el rumor charco casi secarral en el que voluntariamente he embarrancado.

No fumar endurece las horas de autobús. Luego, un rápido sondeo para localizar alojamiento y comer en soledad con una esperanza haciéndote compañía que no da conversación. Los pueblos son todos parecidos, con su historia, su ermita, su plaza, la soberbia de creerse únicos, igual que las personas. Con sus viejos y sus niños, y ese penetrante olor a querer estar en otra parte. Este tiene como particularidad unos columpios. Pero ningún beneficio puede proporcionarme un tobogán: los niños no juegan al fútbol en parques infantiles. Quizá alguna pelota de goma con la cara impresa del dibujo animado de moda en la televisión se enrede entre los pies de algún pequeño. Pérdida de tiempo. Los críos que yo busco

necesitan aire, solares, calles anchas, descampados, tierra. Tierra para las heridas, y llegar a casa después del partido, enseñar a sus padres dónde duele, y lo vean, y lo acepten, y nazca en el centro de sus voluntades el deseo de hacer algo curativo por sus hijos, luego el betadine, las tiritas, los vendajes, no te muevas, ¿te he hecho daño?, si el algodón no duele; y la ridícula lluvia de agua oxigenada que con sus efervescencias no logra oxigenar el aire estancado del cuarto de baño con olor a alcohol y linimento, con una gota de mercromina tiñendo el suelo como una falsa gota de sangre derramada por un dolor verdadero. Tierra para caer y levantarse, seguir luchando y correr más rápido dejando una estela de polvo tras las fintas, arrancadas, frenazos y recortes. Tierra para poner los dos pies sobre ella y enterrar el terror y las derrotas. Tierra para hundir en sus cimientos las ganas de ser alguien. Pero hoy es martes y los niños no juegan. Quizá las consolas, los deberes o un castigo por ser desobedientes que hace que el rumor se vaya agigantando, y sea más rumor que nunca y se tripliquen mis ganas de estar en otra parte, como este pueblo del que escaparía si tuviera parte alguna adonde ir.

Una pelota de fútbol me persigue. Desde siempre. En ocasiones siento pasar a mi lado un balón botando, sin nadie tras él. Mis imaginaciones, las llamo. Otras veces me asaltan en sueños niños jugando, corriendo ante mí; imposible alcanzarles. Están a escasos metros, pero no lo logro. Veo cómo se pierden entre la bruma que se forma en las ensoñaciones. Balón de fútbol adherido como bola de acero engarzada a tuerca y grillete al tobillo de un preso, lastrándole la huida.

El sol es bueno, atrae el juego. El viento, la noche y la lluvia no invitan a andar correteando. Pero la luz saca a la gente de sus madrigueras. Hoy hace sol. Afino el oído, aguzo el olfato. Nunca se sabe en qué rincón aparecerá un crío con talento. Algunos son capaces de pasar horas en completa soledad,